

libertarse de la otra que la oprime y el fino encaje del borde de la manga, es también como un pedacito de su encanto, que se pierde muy pronto bajo la tristeza de un zaguán colonial. Lautaro García tiene un poder de evocación que se nos mete dentro del corazón como el latido de una música que oyéramos hace ya tanto tiempo... Como en el verso de Núñez de Arce o de algún otro poeta de fines del siglo.—LUIS DURAND.



«ISMOS», de *Juan Eduardo Cirlot*. Librería Editorial «Argos». Barcelona-Buenos Aires.

Hemos escrito repetidamente, en trabajos publicados sobre arte, cómo considerábamos que aquellos movimientos artísticos—los por excelencia llamados «ismos», circunscritos a un tiempo reciente y nacidos de una sana rebeldía contra un academicismo caduco y topicista—estaban superados en el tiempo y en el hacer por el arte actual del mundo. Creíamos, y así lo afirmábamos, que luego de haber cumplido su misión purificadora del ambiente artístico, de desinfectante de una atmósfera viciada, se hacía necesario abrir las cristaleras del arte y dejar que en su ámbito volviera a tomar cuerpo el aire del arte eterno. Porque no podían ser eternos esos movimientos purificadores que, si limpiaron de vicios la atmósfera artística, también la hermetizaron y cerraron sus puertas al gran público que es, en definitiva, a quien debe ir dirigida la creación del artista.

Así pensando, creemos que este «Diccionario de los Ismos», de *Juan Eduardo Cirlot*, nos llega con algunos años de retraso, si nos atenemos a su contenido y a

la importancia que en él se da a los movimientos «ismistas», que tuvieron su auténtica vigencia durante los años que completan los primeros treinta de nuestro siglo y de una manera más acentuada en aquellos entre el 18 y la proximidad de la treintena.

Y decimos que nos llega con retraso—aun cuando el señor Cirlot incluye en él cuanto «ismo» podamos encontrar, o inventar, desde que el arte toma forma expresiva en el mundo hasta el que le sugiere el último e indocumentado manifiesto que haya podido darse en nuestros días abogando por un «ismismo» artístico—porque es precisamente a esos movimientos artísticos que alcanzaron fama y boga en los treinta años más arriba señalados, a los que Juan Eduardo Cirlot presta atención de estudio y análisis detenido, en tanto roza apenas otros de indudable importancia dentro de la historia del arte.

Casi podríamos afirmar, ante este volumen de la Librería Editorial «Argos»—y poco falta para que nos lo asegure así el autor en su «Introducción»— que está exclusivamente destinado a fijar puntos de vista y a aclarar oscuridades, al mismo tiempo que a analizarlos, sobre esos movimientos «ismistas» que iniciados a finales del siglo XIX algunos de ellos, «impresionismo» y «expresionismo», por ejemplo, es en los primeros treinta años del XX cuando toman cuerpo y establecen su imperio. De ahí parte nuestra creencia de que llega con retraso este libro.

Pero un retraso que no lo origina el que este «Diccionario de los Ismos» carezca de interés—para nosotros lo tiene y en gran escala—sino porque el autor lo enfoca, o al menos él así lo afirma, hacia el gran público, con afán de ponerle a su alcance el problemático «busilis» que encierra cada una de las facetas

de los movimientos «ismistas». Es en eso donde nos parece que estriba el error de Juan Eduardo Cirlot, ya que hoy nadie pide aclaraciones sobre esas expresiones artísticas que, con cierta clara intuición—y el gran público, o «la inmensa minoría» a quien interesan las manifestaciones artísticas, da muestras de ella con frecuencia— consideran pasadas o superadas, y si el caso de incomprensión ante el hecho artístico se presenta, se limita a desaprobando o a pasar de largo, sin parar un instante su atención que hoy ya es requerida por aquellos artistas que, habiendo pasado por el Jordán de los «ismos», les dicen con verdad la verdad de la vida elevada a la categoría de arte. El hermetismo no les interesa, aunque al mismo tiempo abominen de lo «pompiere».

Es ya, pues, historia lo que el señor Cirlot analiza en su «Ismos», explicación de *algo que fué* lo que nos expone, aunque en su forma expresiva adopte posturas de teorizante polemista que presenta problemas y temas de palpitante actualidad. Y precisamente es eso lo que le falta a los «ismos»: actualidad.

Sin embargo, Juan Eduardo Cirlot, al que se le advierte una continuidad militante en ellos, insiste en tratarlos como si su vigencia actual fuera incontrovertible, como si estuvieran ahí, en la expresión artística de cada día. Ello no significa otra cosa sino que el reloj y el calendario del señor Cirlot se pararon hace veinte años. También nosotros militamos en el mundo de los «ismos»; pero lo hicimos con plena conciencia de que nos enrolábamos en una revolución artística precisa, necesaria en beneficio de la pureza del arte como también en la vida política y social de los pueblos se hace a veces precisa una revolución. Pero inmediatamente después se impone el período cons-

tructivo y la vuelta a la normalidad Teniendo en cuenta que lo que provocó el momento de rebeldía era tan anormal como el motín mismo.—E. M. F.



«DICCIONARIO DE LA LITERATURA». de *Federico Carlos Sainz de Robles*. Tomos I, II y III. Editorial Aguilar. Madrid.

Siempre es grato que en este mundo literario que estamos viviendo—rutinario y monótono— donde hemos dado en llamar *libro* a cualquier cuadernito que apenas contiene un suspirillo en prosa o verso hecho en colaboración con el impresor—que es quien sabe distribuir muy bien los blancos y escoger tipos de letra propios para miopes—; siempre es grato, repetimos, encontrarnos con grandes empeños literarios, como éste que acaba de dar a la estampa Federico Sainz de Robles, de los tres tomos de su «Diccionario de la literatura». Sorpresa agradable que se convierte en satisfacción absoluta al comprobar que el empeño grande ha sido coronado por el éxito en toda la extensión pretendida.

La empresa distaba mucho de ser fácil, por cuanto es la primera de este tipo que se realiza en lengua castellana, y más aún por la amplitud—casi exhaustiva hasta el momento actual—que le ha dado su autor. Sin embargo, en un rasgo de generosidad—y de generosa en su totalidad podemos calificar esta obra, en la que se advierten constancia y trabajo, estudio y análisis a toda prueba— Sainz de Robles la subtitula «Ensayo», y hasta en su prólogo anota que debiera haberse titulado «Apuntes para un ensayo». No es-